

En este libro vertí
Mi tormento y mis querellas:
Sus páginas ve, y en ellas
Mi pecho abierto ante ti.

PRÓLOGO

Era un hidalgo triste y silencioso,
Pálido, de mejillas macilentas,
Que iba sin norte, incierto y perezoso,
Mente y vista á sus sueños sólo atentas;
Tan seco, rudo y torpe le encontraban,
Que flores y doncellas se burlaban
De verle ir caminando como á tientas.

De su casa en el cuarto más sombrío
Con frecuencia del mundo va á ocultarse,
Y, los brazos tendiendo á un desvarío,
Su labio, casi acierta á desplegarse;
Mas la hora al sonar de los encantos,
Se comienzan á oír extraños cantos
Y llamar quien procura recatarse.

Abre, y entra su amada sigilosa,
Que de crugiente espuma se vestía,
Tan lozana y fragante cual la rosa,
Bajo un velo de rica pedrería.
Bucles de oro su rostro acariciaban;

Sus ojos amorosos hechizaban;
Cariñosa sus brazos le tendía.

—
Estréchala el hidalgo enloquecido,
En fuego ya trocado el que era hielo,
Despierto el soñador, enardecido,
La timidez fundida y el recelo.
Ella, maligna, excita su terneza,
Cubriéndole mañosa la cabeza
Con su escarchado y diamantino velo.

—
En palacio de linfa cristalina
Encuétrase el hidalgo, por encanto,
Do, suspenso, su vista se alucina
Ante tanto cambiante y brillo tanto.
Aun la ondina le abraza cariñosa;
Él es su esposo y ella de él esposa;
Las ninfas al laúd unen su canto.

—
Cantan y tocan con destreza suma;
El baile ya su leve planta inquieta;
Del hidalgo la mente flota en bruma;
Más en sus brazos á la ondina aprieta...
Apáganse las luces de repente;
Sentado y solo se halla nuevamente
En su obscuro tugurio de poeta (1).

(1) Teodoro Llorente en sus *Amorosas*, bajo el título de *El amor del poeta*, le parafrasea en un romance castellano, como también otros números de este poema; todos ellos escritos con su conocida maestría, pero carentes de fidelidad y sin dar el sentimiento del poeta.

1

En el bello mes de Mayo,
Cuando toda flor se abre,
Sentí dentro de mi pecho
El amor abrir su cáliz.

—
En el bello mes de Mayo,
Cuando canta toda ave,
Declaréle yo á mi amada
Mis anhelos, mis afanes.

2

De las lágrimas que vierten
Mis ojos, brotan mil flores,
Y en coro de ruiseñores
Mis suspiros se convierten.

—
Si me das, niña, tu amor,
Las flores acepta ufana,
Y oirás ante tu ventana
El canto del ruiseñor.

3

De rosa, azucena, de sol y paloma
Amé con delicia bellezas y aroma;
Mas ya no les amo, mi amor hoy apura
La breve, la linda, la sola, la pura...;
Porque ella, do origen amor sólo toma,
Es rosa, azucena y sol y paloma.

4

— Cuando en tus ojos me miro
Ceden mi pena y dolor;
Pero se curan, mi amor,
Cuando tus besos aspiro.

— Gozo placer celestial
Sobre tu seno hechicero;
Mas si me dices: «¡Te quiero!»
Vierto de llanto un raudal.

5

— Tu faz amada, tu faz tan bella,
Ha poco, en sueños, mirar creí;
Cual la de un ángel suave destella;
Pero ¡ay! ajada, triste la vi.

— Sólo tus labios estaban rojos;
Mas ¡ay! la muerte los fué á besar,
Y la celeste luz de tus ojos,
Tan candorosa, logró apagar.

6

— En mi mejilla la tuya imprime;
Que nuestros lloros juntos resbalen;
Contra mi pecho tu pecho oprime,
Que en igual llama los dos se exhalen.

— Cuando, ante incendio que tanto avanza,
De nuestro llanto brote el torrente,
Cuando te estreche con más pujanza,
Muera en las ansias de amor ardiente.

7

— En un cáliz de azucena
Quiero mi alma sepultar,
Que así á mi amor pueda alzar
Aromada cantilena,

— Que dé espasmo y calofrío,
Como de su boca el beso,
En horas de amante exceso,
Dulcísimo al labio mío.

8

— Siempre fijas permanecen
Las estrellas en el cielo;
Miles de años ha se miran
Con amante y triste aspecto.

— El idioma en que se hablan
Es tan rico como bello,
Aunque, hasta hoy, ningún filólogo
Ha logrado comprenderlo;

— Pero yo, bien le he aprendido
Y nunca olvidarle puedo,

Pues sirvióme de gramática
El rostro que yo más quiero.

9

He de llevarte, mi amada,
En alas de mis cantares,
Do sé de un hermoso sitio,
A las orillas del Ganges.

Allí hay un jardín vistoso
Do su luz la luna abate,
Y la flor de loto espera
A sus hermanas amantes.

Violetas charlan y rien
Con los astros encarándose;
Al oído aromosos cuentos
Las rosas suelen narrarse.

Allí triscan y se acechan
Gacelas mansas y ágiles,
Y, al lejos, de la onda sacra
Las brumas se ven alzarse.

Allí á sentarnos iremos
De las palmas so el ramaje,
Gustando amor y reposo,
Entre ensueños inefables.

10

La flor del loto se angustia
Cuando el sol pomposo brilla,

Y espera llegue la noche,
Cabizbaja y adormida.

La luna, á fuer de su amante,
Despiértala con luz tibia,
Y le alza afectuosa el velo
Que su semblante cubría.

Florece, luce, enrojeca,
Al cielo extática mira,
Fragancia da, llora y tiembla,
De amor y dolor henchida.

11

Del Rhin la hermosa corriente
Retrata, como un espejo,
La catedral de Colonia
Con su domo gigantesco.

Hay en el domo una imagen
Pintada en dorado cuero,
Que luz radió cariñosa
De mi vida en el desierto.

Flotan en torno á la Virgen
Flores y angelitos bellos;
Sus labios, mejillas y ojos
Son los de mi amado dueño.

12

Tú no me amas, tú no me amas,
 Pero eso poco me apena;
 Si logro ver tu semblante,
 Más gozo un rey no tuviera.

Tú me odias, tú me odias,
 Le dicen tus rojos labios;
 Déjame darles un beso,
 Niña, y me habré consolado.

13

No jures, bésame sólo;
 Votos de mujer no creo.
 Si dulces son tus palabras,
 Muy más dulces son tus besos :
 Bésame y podré creerte;
 Palabras son humo y viento.

*
**

Jura, mi amor, jura siempre;
 Por tu palabra te creo
 Cuando en tu seno reposo;
 Por bien dichoso me tengo :
 Creo que tu amor, mi vida,
 Será eterno, aun más que eterno.

14

Dediqué á los ojuelos de mi amada
 Los más bellos cantares;

Escrible á su boca diminuta
 Los tercetos más fáciles;
 Hícele á sus mejillas adoradas
 Estancias admirables...
 Y si mi amada corazón tuviera,
 Un bonito soneto le escribiera.

15

El mundo es necio y es ciego;
 Cada vez más displicente,
 Dice de ti, hermosa niña,
 Que buen carácter no tienes.

El mundo es necio y es ciego :
 ¡Siempre ha de desconocerte!
 ¡Cuán dulce es tu beso ignora,
 Cómo abrasa dulcemente!

16

Hoy, mi amor, vas á decirme :
 ¿No eres creación de un sueño
 Que brotó, en ardiente siesta,
 De un poeta en el cerebro?

Pero no; tan linda boca,
 Esos ojos hechiceros,
 Tan amable y dulce niña,
 De un poeta obra no creo.

Basiliscos y vampiros,
 Monstruos y dragones feos,
 Animales fabulosos
 De un poeta engendra el fuego.

—
 Pero á ti, con tu malicia,
 Con tu rostro zalamero,
 Tu mirar falso é inocente...
 Obra suya no te creo.

17

Cual Venus, hija de espuma,
 Radiante mi amada está,
 Pues vese de un extranjero
 Esposa elegida ya.

—
 ¡Oh pecho, pecho paciente,
 No la odies por su traición!
 ¡Sufre y aun disculpa, sufre
 De necia amiga el error!

18

—
 ¡No te aborrezco, aunque mi pecho rasgas,
 Oh amor, que para siempre ya he perdido!
 Rayos de luz de tus diamantes brotan;
 Ni uno en la sombra de tu pecho miro.

—
 ¡Hace tiempo lo sé! Te vi en un sueño:
 ¡La noche vi en tu corazón vacío,
 Las sierpes que tu pecho devoraban!
 ¡Que eres bien desgraciada en él he visto!

19

—
 ¡Desgraciada eres, sí; no te aborrezco!
 Desgraciados seremos ya los dos
 ¡Hasta que muerte nuestros pechos hiera,
 Desgraciada serás, cual lo soy yo!

—
 La burla veo que en tu labio flota;
 De tus ojos altivos el fulgor,
 Tu seno miro que orgulloso se alza...
 ¡Desgraciada eres tú, cual lo soy yo!

—
 Secreto llanto tu mirada enturbia;
 Tu labio agita incógnito dolor;
 Tu altivo seno lleva oculta herida...
 ¡Desgraciados seremos ya los dos!

20

—
 Escucho el violín, la flauta,
 Los cornetines sonar;
 ¡Danza en su baile de boda
 La que amo en el mundo más!

—
 Oigo las notas del óboe,
 El redoble del timbal,
 ¡Y, entre ellos, del ángel bueno
 El gemir y sollozar!

21

—
 Echaste por completo ya en olvido
 Cuánto tiempo tu amor he poseído;

Tu corazón traidor, dulce y pequeño,
Que otro más dulce y falso hallar es sueño.

—

Sin duda amor, dolor, diste al olvido,
Que mi pecho á la vez han oprimido.
Cuál de ambos fué mayor no me demandes;
Sólo sé que los dos fueron muy grandes.

22

¡Ay! si las flores supieran
Qué herida mi pecho abrió,
Conmigo á llorar vendrían;
Curáranme este dolor.

—

Si el ruiseñor comprendiera
Cuán triste y enfermo estoy,
Dejara escuchar sus trinos,
Recreo de la aflicción.

—

Si mis pesares supiesen
Los astros de áureo fulgor,
Desde su altura bajaran
A darme resignación.

—

Todos saberlo no pueden;
Sólo una ve mi dolor;
Mas ¡ay! esa ha desgarrado
Impía mi corazón.

23

¿Por qué están ya las rosas tan pálidas?
¡Oh! di, mi amor, ¿por qué?
¿Por qué ya, sobre el césped, tan mustia
La viola azul se ve?

—

¿Por qué se oye, con voz dolorida,
La alondra así cantar?
¿Por qué hedor de cadáver, no aroma,
La hierba exhala ya?

—

¿Por qué el sol al bañar la pradera
No da luz ni calor?
¿Por qué está ya la tierra sombría
Cual tumba sin verdor?

—

¿Por qué estoy tan enfermo y tan triste
Yo mismo, niña, di?
¿Por qué, di, sólo amor de mi alma,
Olvidasme tú así?

24

Muchas cosas te contaron;
Urdieron muchos enredos;
Mas de lo que mi alma sufre,
De eso nada te dijeron.

—

Diéronse aire de importancia
Augurios tristes haciendo;

Me trataron de demonio,
Y á todo lo diste asenso.

—
Pero, á fe, que lo más malo
No llegaron á saberlo;
Lo peor..., lo más estúpido,
Lo llevo oculto en el pecho.

25

Flor daba el tilo, el ruiseñor cantaba,
El sol reía con gozoso aspecto,
Y tú me besaste, me echaste los brazos;
Y tú me estrechaste á tu mórbido seno.

—
Cae la hoja, grazna el cuervo ronco,
El sol envía pálidos destellos;
Entonces cambiamos adiós harto triste;
Cortés te inclinaste, y yo etiquetero.

26

Uno por otro mucho hemos sufrido;
No obstante, hemos sabido tolerarnos.
Jugando con frecuencia á *los esposos*,
Ni reñimos, ni sé que nos pegáramos.
Juntos lanzamos gritos de alegría,
Cambiamos besos, dimonos abrazos.
Por fin, *al escondite*, como niños,
Jugamos por el bosque y verde prado,
Y escondernos tan bien hemos sabido,
Que ya no volveremos á encontrarnos.

27

Fiel mucho tiempo me fuiste
Y por mí te interesaste;
Me procuraste consuelo
En mi estrechez y pesares.

—
Manjar me diste y bebida
Y dinero me prestaste;
Proveíste me de ropas
Y pasaporte de viaje.

—
¡Dios largo tiempo, amor mío,
De frío y calor te guarde;
Pero que nunca te premie
Tus dispensadas bondades!

28

—
Á la tierra, por largo tiempo estéril,
Mayo cambiaba ya en exuberante;
Todo reía, todo se alegraba;
Tan sólo á mí reír no me era dable.

—
Se abre la flor, resuenan campanillas,
Charlan, como en las fábulas, las aves;
Pero á mí conversar no me era grato;
Yo todo lo encontraba miserable.

—
La especie humana toda me aburría,
Hasta el amigo tolerado antes.

¿Por qué? Porque llamábase *señora*,
Mi dulce amor, tan dulce y tan amable.

29

Ya tanto, ya tanto pasé entretenido
En tierras extrañas, en goces y sueños,
Y el tiempo tan largo se le hizo á mi amada,
Que fué su vestido de boda cosiendo,
Y en sus tiernos brazos recibió á un esposo
Que entre necios jóvenes él era el más necio.

Tan tierna y hermosa encuentro á mi amada,
Que siempre en imagen presente la tengo;
Sus ojos violados, mejillas de rosa,
Son flores que siempre florecen de nuevo.
De tan bella niña saber apartarme,
De mis necios actos fuera él el más necio.

30

De tus ojuelos las florecillas,
La roja rosa de tus mejillas,
Tus blancos lirios, que manos son,
De florecencia son maravillas;
Sólo está seco tu corazón.

31

Tan bello es el mundo — y el cielo tan diáfano,
Los céfiro soplan — tan dulces y blandos,
Y atraen las flores — en fértiles campos

Que brillan de gotas — lucientes bañados,
Y alégrase el hombre — doquiera le hallo...
Que dentro una fosa — quisiera yacer
Y muerta en mis brazos — mi amada tener.

32

Cuando en la tumba yazgas, amor mío,
En negra tumba exánime,
Yo hasta tu lado descender te ofrezco,
Y contra ti estrecharme.

Besos y abrazos te daré convulsos,
Pálida, muda y fría;
Gritaré, temblaré, verteré llanto,
Hasta quedar sin vida.

Que á las doce levántanse los muertos;
Danza impalpable el bando;
Los dos nos quedaremos en la tumba;
Yo yaceré en tus brazos.

Que en el día del juicio se levantan
En pos de gloria ó infierno;
Pues nosotros, á todo indiferentes,
Tranquilos yaceremos.

33

Elévase solo un pino
Del Norte en cumbre pelada;

Dormita, de hielo y nieve
Cubierto por blanca sábana.

—
Con una palmera sueña
Que allá en Oriente, lejana,
Constímese, muda y sola,
De un monte en la ardiente falda.

34

(Habla la cabeza.)

¡Ah! si yo al menos el cojin fuera
Do de mi amada los pies descansan,
Por muchos golpes que ellos me dieran,
Yo ni una queja nunca exhalara.

(Habla el corazón.)

¡Ah! si yo al menos fuera acerico
En que alfileres mi niña clava,
Por más punzadas que ellos me dieran,
En sus punzadas goce encontrara.

(Habla la canción.)

¡Ah! si yo al menos el papel fuera
Con que sus bucles riza mi amada,
Cuanto en mí vive, cuanto en mí siente,
Quedo, al oído, le murmurara.

35

Desde que se fué mi amada
El regocijo perdí;

Cualquiera un mal chiste ríe,
Y yo no puedo reír.

—
Desde que perdí á mi amada
No tengo lágrimas ya;
Mi pecho el dolor destroza
Y yo no puedo llorar.

36

Sobre mis grandes dolores
Hice cantares pequeños
Que hacia su pecho dirigen
Su alado y sonoro vuelo.

—
Hasta él abriéronse paso,
Mas clamorosos volvieron:
Lloran, y decir no quieren
Qué es lo que han visto en su seno.

37

Burgueses endomingados
Por prado y bosque pasean,
Gritan y triscan cual cabras,
La bella creación celebran.

—
Con ojos ávidos miran
Cual todo flores ostenta,
Y del gorrión con los cánticos
Gozan sus largas orejas.

Yo corro ante la ventana
De mi cuarto negra tela,
Porque, á su diaria visita,
Así mis fantasmas vengán.

—
Mi antigua amada aparece;
De la muerte el reino deja;
Siéntase á mi lado, llora,
Y mi corazón apena.

38

Imágenes de otros días
De la tumba se levantan;
Me muestran cómo á tu lado
Mi vida un tiempo pasara.

—
Cual sonámbulo, de día
Las calles atravesaba,
Viendo todos con asombro
Mudez y tristeza tanta.

—
De noche, mejor ya era;
Por las calles solitarias
Vagábamos yo y mi sombra,
Yo callado, ella callada.

—
Al atravesar el puente
Con resonantes pisadas,

La luna, rasgando nubes,
Muy seria me saludaba.

—
Ante tu casa parábame,
Y allí, en éxtasis el alma,
A tus ventanas mirando,
El corazón me estallaba.

—
Bien sé yo que con frecuencia
Desde allí abajo mirabas,
Y que, á la luna, me viste.
Inmóvil como pilastra.

39

Un joven ama á una niña
Que de otro prendada está;
Este otro, que amaba á otra,
Con ésta enlázase ya.

—
La doncella, por despecho
Se casa, sin meditar,
Con el primero que encuentra,
Y al joven le sienta mal.

—
Esta es una vieja historia
De eterna veracidad,
Y que el corazón desgarrá
De sus héroes sin piedad.

40

Cuando escucho las canciones
Que á mi amor cantar he oído,
Estallar quiere mi pecho
Que el dolor oprime impío.

—
Por secreto impulso corro
De la selva á lo más íntimo,
Y allí se disuelve en llanto
El inmenso dolor mío.

41

Soñaba de un monarca con la hija,
De tez húmeda y pálida,
Que, sentados al pie de un verde tilo,
Amor nos enlazaba.

—No, yo no quiero de tu padre el trono,
No quiero su áureo cetro.
No quiero su corona diamantina,
A ti sola te quiero.

—Eso no puede ser—ella me dijo.—
En fría tumba yazgo.
Solamente de noche hasta ti vengo,
Porque ¡te he amado tanto!

42

Ambos, mi amor, juntos íbamos
Tristes, en barca ligera;

En muda noche cruzábamos
Líquida extensión inmensa.

—
Isla encantada y bellísima
La luna acusaba apenas,
Do suenan de amor los cánticos,
Y giran rondas de niebla.

—
A más y mejor cantábase,
Danzábase por doquiera;
Pero nosotros cruzábamos
Tristes por la mar inmensa.

43

Según el antiguo cuento,
A un signo de blanca mano,
Voces é instrumentos suenan
En un país encantado,

—
Do grandes flores suspiran
Del crepúsculo á los rayos,
Y se miran tiernamente
Con rostro de enamorados,

—
Donde hablan todos los árboles
Y, á coro, entonan un cántico,
Y brotan sonoras fuentes,
De música al son bailando.

—
Y tan tiernamente suenan,
Con acentos no escuchados,

Que, al fin, mil dulces deseos
El alma van fascinando.

—
¡Ah! ¡que á él llegar no pudiera!
¡Allí mi pecho angustiado
Sus tormentos desechara,
Libre y feliz siendo al cabo!

—
¡Oh comarca de delicias,
En sueños á verte alcanzo;
Pero, al despuntar la aurora,
Vana espuma te has cambiado!

44

Yo te he amado y te amo todavía;
Si el mundo se arruinara con fragor,
De entre sus rotos restos se alzaría
La llama de mi amor.

45

Por el jardín me paseo
En bella estival mañana;
Voy y vengo silencioso,
Las flores murmuran y hablan.

—
Murmuran y hablan las flores,
Dicen, al verme, apenadas:
«No estés, joven, triste y pálido,
Quejoso de nuestra hermana».

46

Mi amor el brillo ha logrado,
Por lo pomposo y sombrío,
De un triste cuento narrado
En una noche de estío.

—
«Por el pensil de flores
Va, sola y muda, una pareja amante;
Gorjean ruiseñores;
La luna está radiante.

—
La doncella es un mármol silencioso;
El paladín la acata;
Del desierto presentase el coloso;
Medrosa huye la ingrata.

—
Da el caballero, ensangrentado, en tierra;
Marcha el gigante á su guarida lento...»
¿Qué falta? Se me entierra,
Y aquí dió fin el cuento.

47

Ellas me han atormentado
Y hecho perder el color:
Las unas con su cariño,
Las otras con su aversión.

—
El pan me han emponzoñado,
Y emponzoñado el licor:

Las unas con su cariño,
Las otras con su aversión.

—
Pero ella, quien más tormento,
Ira y tristeza me dió,
Esa, ni nunca me ha odiado,
Ni nunca me tuvo amor.

48

Está del cálido estío
En tu mejilla el diseño;
Hállase el invierno frío
En tu corazón pequeño.

—
Mas ten por cosa sencilla,
Que han de cambiarse, amor mío,
El invierno á tu mejilla
Y al corazón el estío.

49

Dos que van van á separarse,
Danse la mano á estrechar,
Dan rienda suelta á su llanto,
No cesan de suspirar.

—
Nosotros dos no lloramos,
No exhalamos ¡ay! ni ¡ah!;
Las lágrimas, los suspiros,
Vinieron más tarde, más.

50

Estaban tomando el te
Y sobre amor discutían,
Estéticos los varones,
Las damas enternecidas.

—
«Debe el amor ser platónico»,
Togado escuálido chilla.
Ríe su mujer irónica
Y un ¡ay! á la vez suspira.

—
Gran boca abriendo el canónigo,
«No ha de ser carnal — explica, —
Que es á la salud nocivo».
«¿Cómo?» — murmura una niña.

—
«Amor es una pasión»
Tierna, la condesa indica,
Y ofrece, con mano franca,
Al barón la taza henchida.

—
Quedaba en la mesa un sitio;
Faltabas tú allí, alma mía.
¡Con qué primor tu concepto
Del amor expuesto habrías!

51

—
¡Que hay ponzoña en mis cantares!
¿Y cómo así no ha de ser?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

¡Tú mi juventud florida
Emponzoñaste cruel!

—
¡Que hay ponzoña en mis cantares!
¿Y cómo así no ha de ser?
Serpientes llevo en el pecho,
Y á ti, mi amada también.

52

Soñé otra vez aquel antiguo sueño :
Que una noche de Mayo,
Sentados á la sombra de los tilos,
Fe eterna nos jurábamos.

—
Un diluvio era aquello de protestas,
Sonrisas, besos y caricias miles,
Y, porque el juramento no olvidara,
La mano me mordiste.

—
¡Oh amada mía, de los claros ojos,
Tan bella y mordedora,
El juramento en su lugar estaba,
Pero el mordisco sobra!

53

—
Estaba en lo alto de un monte,
Y halléme sentimental :
Si yo fuera pajarillo,
Mil veces suspiré ¡ah!

Si fuera una golondrina,
Volara á ti con afán,
Y fabricara mi nido
De tus ventanas á par.

—
Si ser ruiñeñor pudiera,
Volara donde tú estás,
Y, de noche, te enviara,
Desde el tilo, mi cantar.

—
Si chorlito me volviera,
Volara á tu seno ya,
Que amiga eres de chorlitos,
Y de sus penas curar.

54

—
Mi coche lento rodaba
A través de alegres bosques,
Y de encantadores valles
Que al sol matizan sus flores.

—
Iba pensando y soñando;
Pensaba en ti, en tus amores;
Salúdanme tres fantasmas
Inclinándose ante el coche.

—
Saltan haciendo visajes
Horribles y al par burlones,
Giran los tres cual la niebla,
Y, riendo, huyen veloces.

55

¡Cómo en sueños he llorado!
Soñé en la tumba yacías;
Me desperté, y aun las lágrimas
Rodaban por mis mejillas.

—
¡Cómo en sueños he llorado!
Soñé me olvidabas, niña;
Me desperté, era mi llanto
Más amargo todavía.

—
¡Cómo en sueños he llorado!
Soñé amándome seguías;
Me desperté, y, como siempre,
Un mar de llanto vertía.

56

Por la noche, en mis sueños te miro;
Me saludas con riente mirada,
Y, rompiendo yo en llanto y sollozos,
Me arrojó á tus plantas.

—
Tú me miras con faz conmovida,
Triste mueves tu blonda cabeza,
Y de llanto las gotas tus ojos
Desprenden cual perlas.

—
Breve frase, en secreto, me dices,
De ciprés me regalas un ramo;

Me despierto, y el ramo no existe,
La frase he olvidado.

57

Es una noche de otoño,
Muge el viento y lluvia azota;
Quizá por esto no salga
Mi pobre niña medrosa.

—
Hela, allí está, á la ventana
De su solitaria alcoba:
Llenos los ojos de llanto,
Las negras tinieblas sonda.

58

La noche es oscura y fría,
Sacude el viento los árboles,
Solo y bajo obscuro manto,
Cabalga entre matorrales.

—
Y, cual yo, también cabalgan
Mis pensamientos delante;
Me llevan, raudos y alegres,
De mi amada á los umbrales.

—
Ladran los perros, criados
Sacan hachas oscilantes;
Me lanzo escalera arriba,
Sonando los acicates.

En rica estancia alfombrada,
Do está al abrigo y fragante,
Allí mi amada me espera;
Vuelo en sus brazos á echarme.

—
Murmura el viento en las hojas;
Dice la encina agitándose:
«Necio hidalgo, y ¿tú qué quieres
Con tu sueño extravagante?»

59

Precipitase una estrella
De la centellante altura;
El astro es de los amores
Que en el polvo se sepulta.

—
Cáense de los manzanos
Floreillas y hojas mustias,
Llegan céfiros inquietos
Y, jugando, las impulsan.

—
Canta el cisne en el estanque,
De extremo á extremo le surca,
Y, siempre dulce cantando,
En las ondas se sepulta.

—
Es todo silencio y sombra;
Hojas y flores se truncan;
Muere chispeando el astro;
La voz del cisne está muda.

60

Al castillo, Morfeo, de un gigante
Me llevó do luz y áura al par ardía,
Y abigarrada multitud fluctuante
Por salas y más salas discurría.
Por do salir, con pálido semblante,
Espanto y ansiedad, puerta inquiría;
Damas y caballeros se agitaban,
A mí mismo, en tumulto, me arrastraban.

—
Me hallo de pronto solo; en un momento
Rauda la multitud se ha disipado;
Yo prosigo; errabundo, sin aliento,
Cruzo de estancias dédalo intrincado.
Plomo es mi pie, en mi pecho angustia siento,
De salida encontrar desesperado.
Llego á la última puerta; al fin respiro;
Voy á salir... ¡Oh Dios! ¿qué es lo que miro?

—
Era mi amor la que en la puerta estaba;
Vi en sus labios dolor, ceño en su frente.
Retroceder su mano me ordenaba:
¿Era cuidado ó cólera inclemente?
Mas en sus ojos, en que amor radiaba
Fuego, que el corazón transe y la mente,
Tan severo mirar y extraño advierto,
Si lleno de pasión, que me despierto.

61

Media noche era, silenciosa y fría;
 Por el bosque, gimiendo, discurría.
 Los árboles del sueño despertaban;
 Sus cabezas, con lástima, inclinaban.

62

En la encrucijada entierran
 Al que se arranca la vida;
 Allí una flor azul brota :
 La flor del alma precita.

Llegué al cruce y di un suspiro;
 La noche era triste y fría;
 Vi, á la luna, estremecerse
 La flor del alma precita.

63

Donde estoy, todo, en torno, lo obscurece
 Niebla profunda y densa,
 Desde que no me alumbran fulgurantes
 Tus ojos, dulce prenda.

Para mí ya extinguióse la áurea pompa
 De la amorosa estrella.
 Un abismo bosteza ya á mis plantas;
 El caos ya me acepta.

64

La noche estaba en mis ojos,
 Tenía plomo en los labios,
 Inertes pecho y cerebro;
 Hallábame sepultado.

Ignoro ya cuánto tiempo
 Llevaba en aquel letargo
 Cuando desperté; en mi tumba
 Llamaba con golpes blandos.

«—¿No te levantas, Enrique?
 De eterna luz mira el rayo;
 Ya los muertos resucitan
 A eterna gloria llamados».

«—Mi amor, alzarme no puedo.
 ¡Ayl para siempre he cegado.
 De tanto llorar, mis ojos
 Del todo sin luz quedaron».

«—Con que yo te bese, Enrique,
 La noche huirá de tus párpados;
 Contemplarás á los ángeles
 Y el esplendor de los astros».

«—Mi amor, alzarme no puedo,
 Porque siempre estoy sangrando

Por do mi pecho punzaste
Con un agudo vocablo».

—
«—Pondré suavemente, Enrique,
En tu corazón mi mano;
Verás cómo más no sangra;
Queda su dolor curado».

—
«—Mi amor, alzarne no puedo.
Mi cabeza está sangrando,
¡Ay! que le alojé una bala
Cuando á mí te arrebataron».

—
«—Con mis cabellos, Enrique,
Vendaré tu herido cráneo;
Yo restañaré la sangre;
Sabré dejártelo sano».

—
Tan blandamente rogaba,
Que de oponerme no trato,
Y pretendí levantarme
Y de mi amada ir al lado.

—
Abriéronse mis heridas,
Un mar de sangre brotando
De mi cabeza y mi pecho,
Y vi... Había despertado.

65

Ya de sepultar es hora
Rudos y viejos cantares;

Sueños tristes y enojosos.
Amplio féretro buscadme.

—
Quiero encerrar tantas cosas,
Por más que no diga cuáles,
Que ha de ser de más cabida
Que el mismo tonel de Héidelberg (1).

—
Traedme un fúnebre huerco
De tablas gruesas, tenaces,
Y que de Maguncia al puente
En longitud aventaje.

—
Buscadme doce colosos
Aun más forzudos, si cabe,
Que del Domo de Colonia
El San Cristóbal gigante.

—
Ellos llevarán el féretro
Y al mar habrán de arrojarle,
Que á tal ataúd conviene
Dar sepultura tan grande.

—
¿No sabéis por qué le quiero
De peso y grandeza tales?
Porque también mis amores
Y mis sufrimientos guarde.

(1) Léase *Jáidelberg*.

FIN